



fundación
Ramón y Katia Acín

Ramón Acín *toma la palabra* 70. Florecicas ap152



Nuevamente, Acín opone los principios de igualdad y de justicia frente a la caridad cristiana que se ejerce verticalmente y que, al decir del intelectual anarquista Federico Urales, “legaliza la pobreza”. El didáctico itinerario que estructura el artículo se repetirá una y otra vez en mucha de su producción literaria: partir de algo conocido (o cercano) para concluir con una categoría más abstracta e ideológica.

Floreccias

18 de agosto de 1923. *Solidaridad Obrera*, Barcelona. (Id. web: ap152).

Nuevamente opone los principios de igualdad y de justicia frente a la caridad cristiana que se ejerce verticalmente y que, al decir del intelectual anarquista Federico Urales, “legaliza la pobreza”. El didáctico itinerario que estructura el artículo se repetirá una y otra vez en mucha de su producción literaria: partir de algo conocido (o cercano) para concluir con una categoría más abstracta e ideológica.



San Clemente

Y dijo San Clemente a los ricos:

Común debió haber sido a todos los hombres el uso de cuanto hay en el mundo. Y únicamente se dividió entre los mortales para poder cada cual creer suyo lo que posee.

*

Y dijo San Ambrosio a los ricos:

Todo lo puso en común la Naturaleza; sólo de la usurpación ha nacido la propiedad privada.

*

Y dijo el prelado de Hipona a los ricos:

La propiedad no es un derecho natural; sólo en el poder civil descansa.

Y dijo San Juan Crisóstomo a los ricos:

Sin razón se consideran inocentes los que se apropian de bienes comunes. Con no darlos a los pobres se hacen asesinos de los que mueren por falta de alimentos. No es acto de misericordia darlos, sino pago de una deuda.

*

Y dijo San Basilio el Grande a los ricos:

¡Desgraciados! ¿Qué responderéis el día del Juicio al Juez Supremo? Cubrís de tapices la desnudez de vuestras paredes y no de vestidos la de los hombres. Adornáis con ricos caparazones vuestros caballos y despreciáis a vuestro padre, que va andrajoso. Dejáis que se pudra el trigo en vuestras trojes y no os dignáis echar una mirada a los que carecen de pan... Si ninguno tomara más de lo que necesita no habría ni ricos ni pobres.



FLORECIAS

(DE COLABORACIÓN)

Y dijo San Clemente a los ricos:

Común debió haber sido a todos los hombres el uso de cuanto hay en el mundo. Y únicamente se dividió entre los mortales para poder cada cual creer suyo lo que poseo.

...

Y dijo San Ambrosio a los ricos:

Todo lo puso en común la Naturaleza; sólo de la usurpación ha nacido la propiedad privada.

...

Y dijo el prelado de Hipona a los ricos:

La propiedad no es un derecho natural; sólo en el poder civil descansa.

...

Y dijo San Juan Crisóstomo a los ricos:

Sin razón se consideran inocentes los que se apropian bienes comunes. Con no darlos a los pobres se hacen asesinos de los que mueren por falta de alimentos. No es acto de misericordia dárselos, sino pago de una deuda.

...

Y dijo San Basilio el Grande a los ricos:

¡Desgraciados! ¿Qué responderéis el día del Juicio al Juez Supremo? ¿Cubris de tapices la desnudez de vuestras paredes y no de vestidos las de los hombres. Adornáis con ricos

caparazones vuestros caballos y despreciáis a vuestro padre, que va andrajoso. Dejad que se pudra el trigo en vuestras trojes y no os dignéis echar una mirada a los que carecen de pan... Si ninguno tomara más de lo que necesita no habría ni ricos ni pobres.

...

Los santos llevan siglos y siglos diciendo a los ricos: Dad vuestros bienes y vuestras tierras a los pobres. Dad vuestros bienes y vuestras tierras a los pobres. Dad vuestros bienes y vuestras tierras a los pobres. Y los pobres siguen pobres y los ricos se guardan sus tierras y sus bienes.

Nosotros, que no somos santos ni pretendemos serlo, decimos a los pobres: Quitad los bienes y las tierras a los ricos. Quitad los bienes y las tierras a los ricos. Quitad los bienes y las tierras a los ricos. Y antes de un siglo, mucho antes de un siglo, de aquí a un medio siglo, quizá antes de un cuarto de siglo, y antes y antes, los pobres quitarán las tierras y los bienes a los ricos, y para que los ricos no queden entonces pobres, vendrá una ordenación equitativa de los frutos y así, como pedía San Basilio el Grande, en el mundo no habrá pobres y ricos, sino solamente hombres que no explotarán a otros.

Ramón ACIN

*

Los santos llevan siglos y siglos diciendo a los ricos: Dad vuestros bienes y vuestras tierras a los pobres. Dad vuestros bienes y vuestras tierras a los pobres. Dad vuestros bienes y vuestras tierras a los pobres. Y los pobres siguen pobres y los ricos se guardan sus tierras y sus bienes.

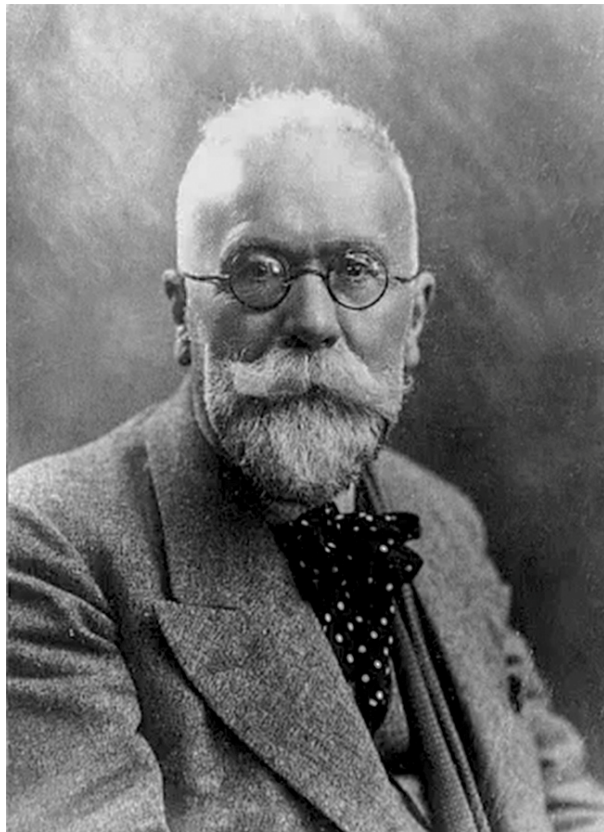
Nosotros, que no somos santos ni pretendemos serlo, decimos a los pobres: Quitad los bienes y las tierras a los ricos. Quitad los bienes y las tierras a los ricos. Y antes de un siglo, mucho antes de un siglo, de aquí a un medio siglo, quizá antes de un cuarto de siglo, y antes y antes, los pobres quitarán las tierras y los bienes a los ricos, y para que los ricos no queden entonces pobres, vendrá una ordenación equitativa de los frutos y así, como pedía San Basilio el Grande, en el mundo no habrá pobres y ricos, sino solamente hombres que no explotarán a otros. □



Juan Montseny Carret- RAH

Alejandro Díez Torre. Real Academia de la Historia

Montseny Carret, Joan. *Federico Urales*. Reus (Tarragona), 19.VIII.1864 – Salon (Francia), 12.III.1942. Maestro y publicista libertario, director de la *Revista Blanca*. Anarquista Director de periódico o revista. Editor Ensayista Maestro Novelista Periodista Publicista Redactor Sindicalista



Biografía

Primera figura de una familia de larga proyección libertaria, Juan Montseny constituyó el núcleo solvente de un proyecto editor continuado, a lo largo del primer tercio del siglo XX, junto a su mujer —conocida como Soledad Gustavo—, su hija Federica y su yerno Germinal Esgeas. Conocido como *Federico Urales*, también usó otros seudónimos, como *Ángel Cunillera*, *Antonio Galcerán*, *Ricardo de Andrés*, *Charles Money*, *Mario del Pilar*, *Doctor Boudín*, *Rudolf Sharfenstein*, *Remigio Olivares* o *Ricos de Andes*.

Juan Montseny pasó por sus primeras experiencias de estudiante y trabajador tonelero en su ciudad natal, Reus, donde se incorporó a la vida societaria en la Federación de Trabajadores de la Región Española, la recién legalizada, en 1882 sección española de la Internacional Obrera. Inicialmente de ideas republicanas, el joven Montseny se interesó en las cuestiones sociales, al escuchar en 1886 a Pablo Iglesias. Pasó al anarquismo en 1887, cuando desempeñaba el cargo de secretario de la sección tonelera comarcal en Reus y fue detenido por primera vez. En 1888 era secretario de la federación nacional de toneleros y comenzó entonces a extenderse su proyección en los medios societarios de la organización hasta 1893, momento en el que abandonó la pertenencia a sociedades obreras, y se independizó: primero como maestro y después como publicista. Casado en 1891 con Soledad Gustavo, ambos iniciaron una larga trayectoria de iniciativas editoras que marcó gran parte de la difusión de ideas libertarias en la España del primer tercio del siglo XX. Con ella publicó ese mismo año de 1891 en Reus *Las preocupaciones de un despreocupado* y *Dos cartas por Teresa Mañé*.

Su condición de publicista arrancó de su proyección pública en los medios sociales como arriesgado denunciante de distintos ciclos de represión social y medidas gubernativas, tomadas contra las protestas obreras por los gobiernos de la Restauración (en obras como *Consideraciones sobre el hecho y la muerte de Pallás* o *El proceso de un gran crimen*). En 1892 fue detenido con ocasión de la protesta por la represión de los

sucesos de Jerez, así como el 7 de junio de 1896, por el atentado en Barcelona de los Cambios Nuevos. Permaneció entonces un año en la fatídica prisión de Montjuic, para ser expatriado finalmente a Inglaterra. Su experiencia carcelaria en Montjuic —hasta julio de 1897— le dejó un perfil siniestro de la misma (recogido en *El castillo maldito*) y añadió nuevos elementos a la leyenda negra fuera de España a propósito de las torturas y fusilamientos en sus fosos de los detenidos obreros por los sucesos de Barcelona en 1896.



Una vez se produjo su regreso clandestino, Montseny retomó la campaña de denuncias contra la represión —iniciada en diciembre de 1897 junto a Alejandro Lerroux en *El Progreso*—, que desarrolló con éxito desde *La Revista Blanca*, una de las publicaciones emblemáticas en la publicística libertaria. Fundada en 1898 y extendida en 1899 por un suplemento, en 1900 adoptó el definitivo título de *Tierra y Libertad*.

Pero, atento a los logros sociales del anarquismo, así como tributario de alguna de sus justificaciones teóricas de entresiglos (siglo XIX al XX), Juan Montseny se mostró partidario de la huelga general como arma obrera, así como de la acción de masas y de la presencia popular del anarquismo hispano. Del mismo modo, también Montseny enfatizó los empeños educativos y pedagógicos del anarquismo, entre los sectores populares más desatendidos o atrasados, para lograr la elevación moral y la superación personal de los individuos en la sociedad. No es extraño que Montseny se adscribiese a las tesis pedagógicas y de la educación racionalista propugnadas por el pedagogo libertario Francisco Ferrer (véase *Sembrando flores*), como tampoco resulta extraño su rechazo a la religión —tal y como formalmente se hallaba institucionalizada en la educación o peor aún, fomentada su práctica desde la coacción o el terror—, fundando toda su fe en el progreso (véase *La religión y la cuestión social*). Por otra parte, su acreditación a nivel internacional en las ideas ácratas también se reflejó en su actividad de prologuista, en obras de A. Hamon, Soledad Gustavo, M. Nettelbladt, N. Estévez o Casanovas.

En estos años de su trayectoria Juan Montseny vio además crecer su popularidad en los medios anarquistas gracias a su amistad con Sánchez Rosa y a su asistencia al congreso de 1901. También fue ésta una época de mayor impacto —como en otros teóricos anarquistas— del evolucionismo y el biologicismo, que es posible seguir en gran número de sus novelas, relatos y algunos de sus ensayos como *La ley de la vida*, *Honor, alma y vida* o *Ley de herencia*.

La buena marcha de sus publicaciones le generó acusaciones de enriquecimiento; estas críticas provenían de algunos jóvenes de 1898, que circunstancialmente flirteaban con el anarquismo y habían quedado deslumbrados por las ideas ácratas —como Azorín, Camba o Romeo—, así como de algunos impenitentes republicanos, también en empeños publicísticos, como Nakens. Mientras, Montseny se dedicaba a la agricultura en su casa periférica de Madrid, difundía planteamientos ideológicos en el Ateneo (véase *La anarquía en el Ateneo de Madrid*), y veía cómo sus polémicas ganaban impacto editorial; como las que sostuvo con Unamuno, a propósito de religión (véase *La religión y la cuestión social*) o el quijotismo (véase *El último Quijote* o *Mi Don Quijote*), o bien la que implicó a Montseny frente a los constructores de la Ciudad Lineal de Madrid, que ocasionó su marcha fulminante de la capital.

Tras su marcha a Barcelona —y su afincamiento en Cerdeña, entre 1912 y 1913—, las críticas y las polémicas en los medios obreros y libertarios le siguieron acompañando. A su enemistad con los núcleos de la naciente Confederación Nacional del Trabajo (CNT) —visible en sus denuncias contra su comité nacional, en las personas de dirigentes Birlán y Plaja, y en sus ataques a activistas de la organización obrera— se añadieron otros motivos de distanciamiento, como la firma en 1914 de un Manifiesto a favor de los aliados en la Guerra Mundial.



Una vez se produjo su regreso clandestino, Montseny retomó la campaña de denuncias contra la represión —iniciada en diciembre de 1897 junto a Alejandro Lerroux en *El Progreso*—, que desarrolló con éxito desde *La Revista Blanca*, una de las publicaciones emblemáticas en la publicística libertaria. Fundada en 1898 y extendida en 1899 por un suplemento, en 1900 adoptó el definitivo título de *Tierra y Libertad*.

Juan Montseny había sido un partidario y divulgador incansable del “anarquismo sin adjetivos”, que lo mismo se mantuvo apegado a varias de sus corrientes sociales finiseculares, como adoptó posiciones de indiferencia hacia posturas tolstoianas —pacifistas— o mantuvo su propia independencia ideológica (véase *Sociología anarquista*).

De aquí se explica su abandono en 1900 de la organización obrera anarquista, así como su línea vacilante entre espontaneísmo y organización, ante la presencia social de esta corriente ideológica contemporánea.

Pero, atento a los logros sociales del anarquismo, así como tributario de alguna de sus justificaciones teóricas de entresiglos (siglo XIX al XX), Juan Montseny se mostró partidario de la huelga general como arma obrera, así como de la acción de masas y de la presencia popular del anarquismo hispano. Del mismo modo, también Montseny enfatizó los empeños educativos y pedagógicos del anarquismo, entre los sectores populares más desatendidos o atrasados, para lograr la elevación moral y la superación personal de los individuos en la sociedad. No es extraño que Montseny se adscribiese a las tesis pedagógicas y de la educación racionalista propugnadas por el pedagogo libertario Francisco Ferrer (véase *Sembrando flores*), como tampoco resulta extraño su rechazo a la religión —tal y como formalmente se hallaba institucionalizada en la educación o peor aún, fomentada su práctica desde la coacción o el terror—, fundando toda su fe en el progreso (véase *La religión y la cuestión social*). Por otra parte, su acreditación a nivel internacional en las ideas ácratas también se reflejó en su actividad de prologuista, en obras de A. Hamon, Soledad Gustavo, M. Nettelau, N. Estévez o Casanovas.

En estos años de su trayectoria Juan Montseny vio además crecer su popularidad en los medios anarquistas gracias a su amistad con Sánchez Rosa y a su asistencia al congreso de 1901. También fue ésta una época de mayor impacto —como en otros teóricos anarquistas— del evolucionismo y el biologicismo, que es posible seguir en gran número de sus novelas, relatos y algunos de sus ensayos como *La ley de la vida*, *Honor, alma y vida* o *Ley de herencia*.

La buena marcha de sus publicaciones le generó acusaciones de enriquecimiento; estas críticas provenían de algunos jóvenes de 1898, que circunstancialmente flirteaban con el anarquismo y habían quedado deslumbrados por las ideas ácratas —como Azorín, Camba o Romeo—, así como de algunos impenitentes republicanos, también en empeños publicísticos, como Nakens. Mientras, Montseny se dedicaba a la agricultura en su casa periférica de Madrid, difundía planteamientos ideológicos en el Ateneo (véase *La anarquía en el Ateneo de Madrid*), y veía cómo sus polémicas ganaban impacto editorial; como las que sostuvo con Unamuno, a propósito de religión (véase *La religión y la cuestión social*) o el quijotismo (véase *El último Quijote* o *Mi Don Quijote*), o bien la que implicó a Montseny frente a los constructores de la Ciudad Lineal de Madrid, que ocasionó su marcha fulminante de la capital.



Tras su marcha a Barcelona —y su afincamiento en Cerdañola, entre 1912 y 1913—, las críticas y las polémicas en los medios obreros y libertarios le siguieron acompañando. A su enemistad con los núcleos de la naciente Confederación Nacional del Trabajo (CNT) —visible en sus denuncias contra su comité nacional, en las personas de dirigentes Birlán y Plaja, y en sus ataques a activistas de la organización obrera— se añadieron otros motivos de distanciamiento, como la firma en 1914 de un Manifiesto a favor de los aliados en la Guerra Mundial.

A partir de entonces, Montseny se afirmó más en el periodismo y en su vertiente como narrador y comediógrafo, sin tampoco abandonar su tradicional función de ideólogo y su papel como divulgador social.

Durante los años previos a la dictadura de Primo, en 1922 Montseny asistió a un pleno anarquista catalán y en 1923 relanzó *La Revista Blanca* con el refuerzo inestimable de su hija Federica, una joven con talento, que por entonces contaba con apenas veinte años, y que en poco tiempo inició las famosas series en *La Novela Ideal* (1925) o *La Novela Libre* (1929) y *El Luchador* (1931).

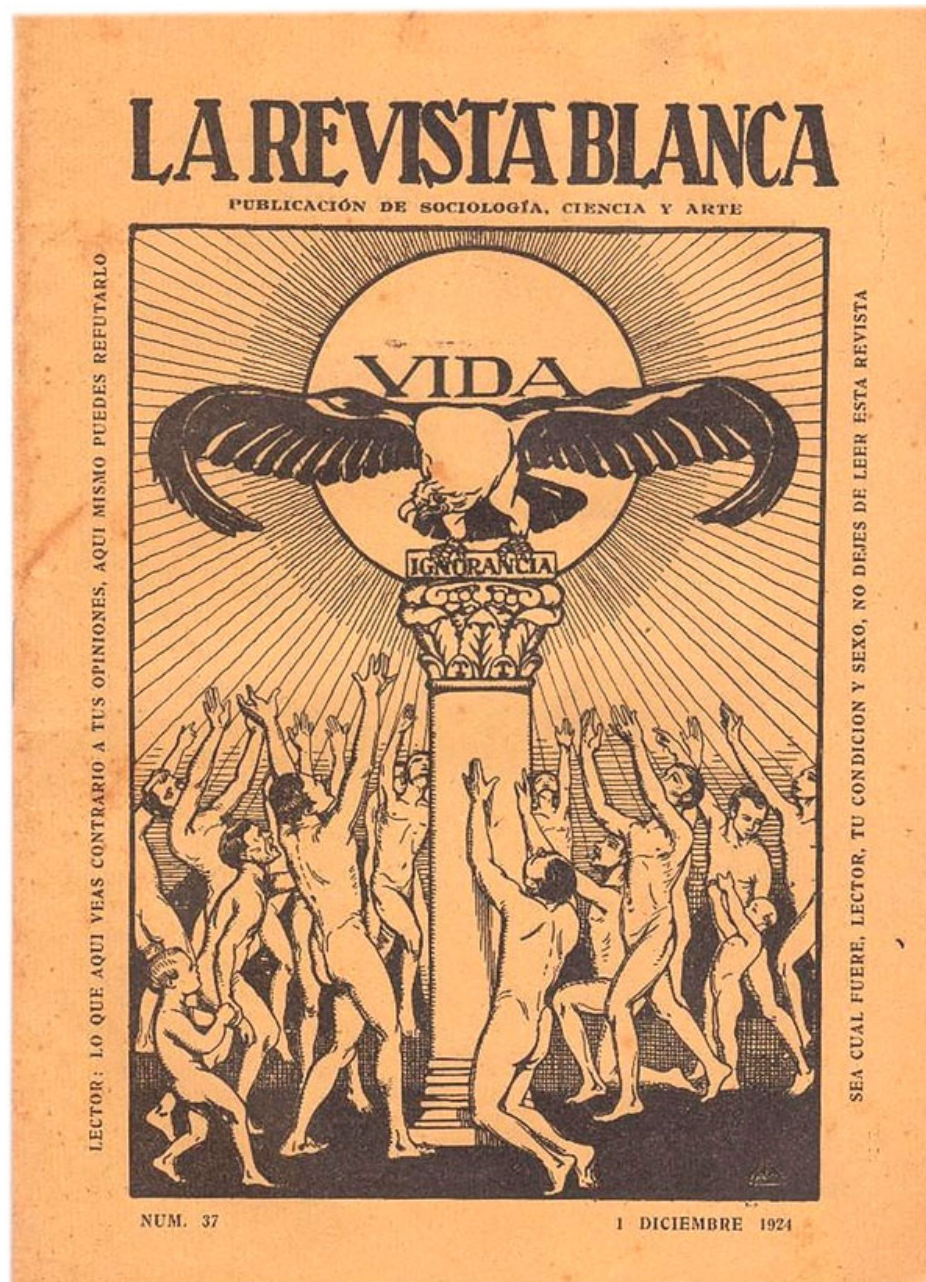
Aparte de dirigir este último y *La Revista Blanca*, Juan Montseny también dirigió *El Escándalo* y colaboró en un extenso número de publicaciones obreras o libertarias, como: *El Cosmopolita*, *Cultura y Porvenir*, *Eco del Rebelde*, *Fraternidad*, *Luz y Fuerza*, *Nueva Senda*, *Solidaridad Obrera*, *El Trabajo*, *La Voz del Cantero*, *El Porvenir del Obrero*, *El Productor*. Colaboró también en la prensa de otras tendencias, como los republicanos en *El País* o los liberales de la *Campana*, la *Campana de Gracia*, *La Publicidad* o *El Liberal*.

Desde antes de la dictadura de Primo, Montseny había criticado duramente las encrucijadas del sindicalismo y el obrerismo radical (*El sindicalismo español, su desorientación*), para finalmente justificar la existencia de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), nacida clandestinamente en 1927, como contrapartida anarquista de corrientes más militantes. Su proyecto editorial aumentó con colecciones de novela popular, barata y de formato manejable, mientras que sus publicaciones doctrinales se reorientaron hacia Hispanoamérica (*En la sociedad anarquista, la abolición del dinero*, se editó en Asunción, las *Consideraciones morales sobre el funcionamiento de una sociedad sin gobierno* en Nueva York o *Por qué no somos comunistas. Por qué somos libertarios* en Montevideo). En su obra doctrinal mantuvo una línea teórica y práctica de propuestas de sociedad seguidora de la naturaleza, solidaria e igualitaria, con una orientación moral del anarquismo social.

Con la instauración de la Segunda República y ya en su último tramo vital, Montseny no perdió influencia en los medios sociales y anarquistas. En sus folletos y propuestas, como en *El ideal y la revolución* o *Los municipios libres (Ante las puertas de la anarquía)*, Montseny prefiguraba una salida para la mayoritaria sociedad rural española —en el comienzo de una crisis profunda— que revalorizase sus cuadros tradicionales de la comuna campesina frente a la ciudad industrial; pero sin que ello supusiera un retorno al pasado, sino la adecuación de la sociedad a un nuevo desarrollo.

Montseny mostró allí y en otras obras de entonces (como *Pedagogía social. Cómo educar a los hombres*, *Los peregrinos del ideal*, *El anarquismo y sus virtudes* o *La persecución de los vagos*) una aguda percepción de una revolución que debía recuperar las buenas cualidades de las personas —corruptas por la sociedad—, aun cuando claramente abogase por una rectificación de conductas antisociales.





Mientras, mantuvo su vieja orientación de denuncia antigubernamental (*España 1933. La barbarie gubernamental*).

Ya viejo, al iniciarse la sublevación militar, se encontraba terminando algunas obras literarias, género en el que había sido tan prolífico y que tanto ascendiente popular le había dado —gracias a sus series de entre rosa y zarzuelera, sobre el amor, la aventura, 1931-1934, las experiencias escabrosas o de escándalo social—, así como de ensayo (*Mi Don Juan*).

En octubre de 1936 Juan Montseny aconsejó a su hija que aceptase el Ministerio de Sanidad; mientras, se mantuvo atento a la realidad de la Guerra Civil (*A los frentes*, 1937). Al terminar ésta, Montseny marchó al exilio francés y fue internado en el campo de concentración de St. Laurens, en Montpellier. Sin apenas resistir su situación, falleció con grandes penalidades en Salon, a los tres años de su exilio. ▣

La Revista Blanca. Portada del número 37. Barcelona 1 diciembre 1924



Teresa Mañé Miravet

29 de noviembre de 1865 Cubellas - 5 de febrero de 1939, Perpiñán, Francia.

Cónyuge Juan Montseny Carret . Hija Federica Montseny

Pedagoga, editora, escritora, periodista y editora

Movimiento

Pedagogía progresista y Anarquismo en España

Obras notables

La Revista Blanca

Conflictos

Guerra civil española

[editar datos en Wikidata]

Teresa Mañé Miravet (Cubellas, Barcelona, 29 de noviembre de 1865 - Perpiñán, 5 de febrero de 1939) fue una maestra, editora y escritora bajo el seudónimo de **Soledad Gustavo**. Casada con Juan Montseny Carret (alias Federico Urales), fue la madre de Federica Montseny.^[1]

Biografía

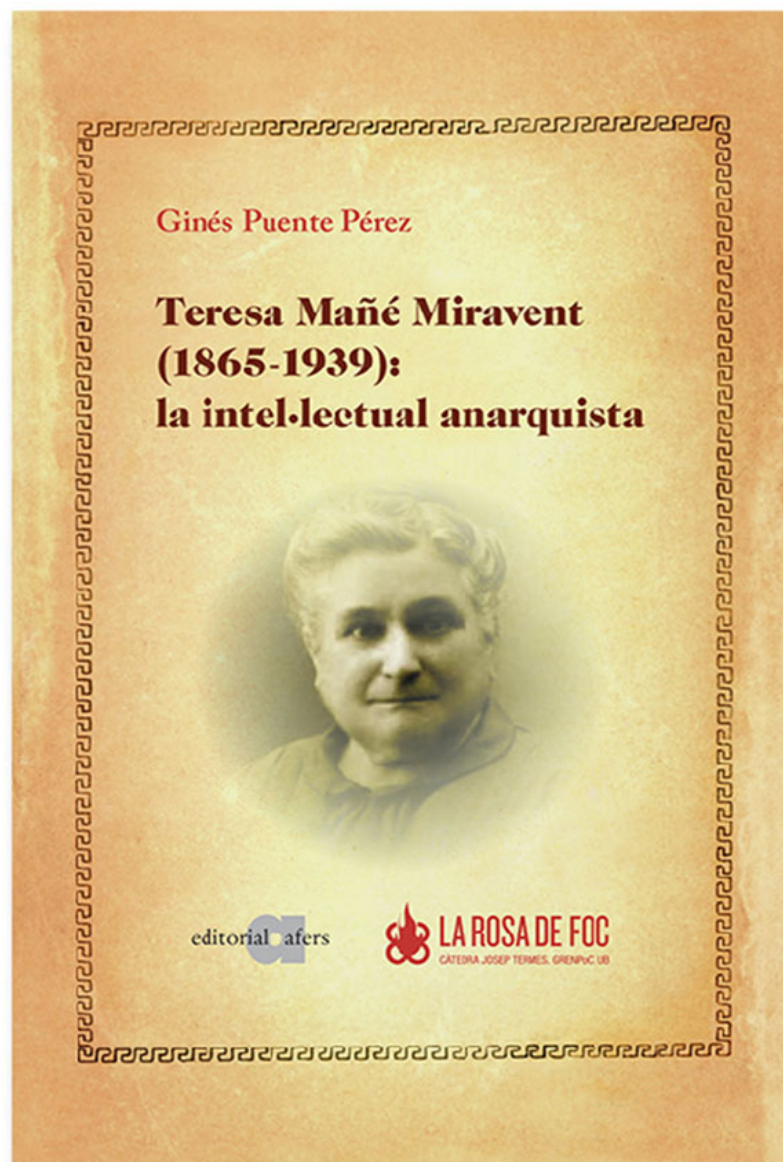
Aunque nacida en Cubellas, se crio en Villanueva y Geltrú en el seno de una familia económicamente acomodada, propietaria de una conocida fonda de la localidad. Su padre era Lorenzo Mañé Cruzet y su madre Antonia Miravent Vidal.

Vinculada en su juventud al *Centro Democrático Federalista*, en 1887 fundó con la ayuda de éste una escuela laica en Vilanova y la Geltrú y años más tarde otra escuela en Reus. Miembro de la *Confederación de Maestros Laicos de Cataluña*, cursó estudios de Magisterio en la escuela Tramuntana de Sanfe e impulsó la actividad educativa años antes de que iniciara sus actividades en la misma dirección Francisco Ferrer Guardia con su Escuela Moderna.

Teresa Mañé colaboró por la misma época en el periódico local *El Vendaval*, de tendencia republicana federal, comenzando a colaborar también con el periódico *El Productor*, donde se inició su toma de contacto con el anarquismo. Allí conoció a Juan Montseny Carret y a otras plumas importantes del anarquismo español como Anselmo Lorenzo, Fernando Tarrida del Mármol o Josep Lluís i Pujals, editor del periódico *La Tramontana*.



En 1889 participó en el "II Certamen Socialista" celebrado en Barcelona, donde presentó su texto "El amor libre". En 1891 se casó por lo civil con Juan Montseny Carret, continuando con su labor literaria y pedagógica.



Tras el atentado en la procesión del Corpus Christi de Barcelona en 1896 y la represión que siguió al Proceso de Montjuïc por los hechos, Joan Montseny y Teresa Mañé fueron desterrados. La pareja acabó en 1897 en Londres, donde ella trabajó como bordadora, aunque regresaron tan solo un año más tarde, estableciéndose en Madrid. En 1898 fundó *La Revista Blanca*, de la que fue directora y en la que participó además con artículos de opinión con el seudónimo de Soledad Gustavo y traduciendo artículos de autores anarquistas del inglés y el francés. En esta revista colaboró también asiduamente Juan Montseny. Esta primera época de *La Revista Blanca* se extendió hasta 1905.^[2]

En 1905 nació su hija Federica Montseny Mañé. Poco después abandonaron Madrid y se instalaron en Cerdanyola del Vallés, desde donde siguieron participando activamente en todos los acontecimientos de los años sucesivos: la Semana Trágica de Barcelona y el fusilamiento de su amigo Francisco Ferrer Guardia en 1909, la fundación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en 1910, la I Guerra Mundial (1914-1918), la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), la fundación de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) en 1927, la II República (1931-1939), el golpe militar y la guerra (1936-1939).

Entre 1925 y 1936, la familia volvió a editar *La Revista Blanca*, ahora a cargo de Joan y Federica Montseny. En esta segunda época, Teresa Mañé se limitó a colaborar con artículos teóricos y de historia, período durante el cual trabó amistad con el historiador anarquista Max Nettlau, que también colaboró en la revista.

Al final de la guerra civil se exilió a Francia. Murió el 5 de febrero de 1939 en Perpiñán. □

Teresa Mañé. Editorial Afers, Catarroja, Valencia, 2023. 190 páginas



Federica Montseny

Pepe Gutiérrez-Álvarez El Viejo Topo, 14 enero, 2021

Federica Montseny Mañé (Madrid, España; 12 de febrero de 1905-Toulouse, Francia; 14 de enero de 1994) fue una política, sindicalista anarquista y escritora española. Fue ministra de Sanidad durante la Segunda República, siendo la primera mujer en ocupar un cargo ministerial en España y una de las primeras en Europa occidental.

Federica Montseny presumía de haber sido educada “integralmente” siguiendo las premisas del ideario pedagógico libertario. Ideario que trató de aplicar vehementemente durante su larga vida, tratando de ser coherente con sus grandes exigencias prácticas y morales como propagandista y escritora, como militante y como mujer. Sus recuerdos son los de una infancia, una adolescencia y una juventud feliz y apasionante. Alejada de las escuelas oficiales hasta los 18 años, su educación transcurrió en casa, siendo inducida al amor por la Botánica y la Geología, y seducida por la gran biblioteca familiar en la que conviven los divulgadores científicos con los grandes reformadores e inconformistas de la literatura, sin olvidar los diversos clásicos del anarquismo, muchos de los cuales fueron traducidos por los padres y no pocos mantienen relaciones de amistad con la casa. A los 18 años, *la Montseny* (así se calificaba a muchas mujeres insumisas de los sesenta-setenta) asiste a unos cursos en la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona, ciudad en la que vive la familia desde que ella cumplió los 13 años. Ya por entonces, Federica era una “niña prodigio” capaz de confundir a los doctores sociales. Así, a los 17 años se mostraba capaz de escribir una novela al estilo de las de su padre. Sobre estos inicios escribe ella misma: “... Empecé a escribir desde muy joven, colaborando en *Nueva Senda* de Madrid, *Tierra* de La Coruña, y *Redención* de Madrid. Mis padres hicieron aparecer *La Revista Blanca* y les ayudé en su empresa editorial y de propaganda, alternando este trabajo con la lucha sindical y mi participación en la vida de la organización y en la propaganda. Pronto llegué a ser una figura muy conocida en la CNT a causa de la gira de conferencias y de mítines realizados, sobre todo después de la proclamación de la República. Esto explica el relieve adquirido en el período de 1936-39”.

Se puede decir que en la adquisición de este relieve, el hecho cultural y literario precede al organizativo y será en este ámbito donde más nítidamente se manifestará la continuidad familiar. Durante la segunda etapa con la citada revista pasará a ser su más activa componente. Su firma será la más prolija, como autora del espacio “Efemérides” que había hecho popular su padre, bien en el amplio espacio dedicado a las mujeres, en las que, igualmente, retoma la senda familiar, en este caso de su madre, aportando igualmente numerosos escritos en los que comenta la situación política. Se percibe su creciente interés por el curso que va tomando la República y por los debates entre las corrientes *faístas* y *trentistas* (firmantes del llamado “Manifiesto de los Treinta”, con Ángel Pestaña y Joan Peiró al frente) en la Confederación en un debate en el que los primeros no se distinguieron por su tolerancia.



Federica Montseny en mitin hacia los años 30, siglo XX



No han faltado plumas que han exaltado con entusiasmo esta peculiar dimensión suya, tan extraña por lo demás en el ambiente de la militancia política. Éste es el caso, por ejemplo, de la escritora feminista Carmen Alcalde que afirma: “Federica, que tuvo a su alcance todos los libros de la extraordinaria biblioteca de su padre, se enfrentaba a un doble destino: el de la lucha revolucionaria llevada con todas sus consecuencias, con la lucha armada si fuera preciso, y el de realizarse como escritora profunda y magistral que culmina en su obra escrita, más allá de su *engagement* político. Es la palabra escrita en una literatura honda y apasionada lo que en el fondo, desde su juventud, late en su corazón. De no haber vivido aquellos años claves para nuestra historia, hoy sería una de las mejores escritoras que ha producido nuestro país, tan huérfano en mentes preclaras”. Sin embargo, no parece que, a la luz del tiempo, este entusiasmo se justifique, y resulta de por sí significativo que el olvido en que ha caído esta literatura sea prácticamente total, incluso en los rangos libertarios.

No han faltado plumas que han exaltado con entusiasmo esta peculiar dimensión suya, tan extraña por lo demás en el ambiente de la militancia política. Éste es el caso, por ejemplo, de la escritora feminista Carmen Alcalde que afirma: “Federica, que tuvo a su alcance todos los libros de la extraordinaria biblioteca de su padre, se enfrentaba a un doble destino: el de la lucha revolucionaria llevada con todas sus consecuencias, con la lucha armada si fuera preciso, y el de realizarse como escritora profunda y magistral que culmina en su obra escrita, más allá de su *engagement* político. Es la palabra escrita en una literatura honda y apasionada lo que en el fondo, desde su juventud, late en su corazón. De no haber vivido aquellos años claves para nuestra historia, hoy sería una de las mejores escritoras que ha producido nuestro país, tan huérfano en mentes preclaras”. Sin embargo, no parece que, a la luz del tiempo, este entusiasmo se justifique, y resulta de por sí significativo que el olvido en que ha caído esta literatura sea prácticamente total, incluso en los rangos libertarios.

¿Se trata, como se pretendía, de una literatura que descende al terreno del trabajo, a las profundidades de la vida social? La respuesta es negativa. No hay en toda su literatura ningún acercamiento riguroso a la realidad, que resulta más bien contemplada a la luz de un esquema teórico muy simplista, en el que la burguesía y el industrialismo tienen su reverso en el colectivismo y en la vida agraria. No se trata, desde luego, de una prolongación de aquellos títulos clásicos que enfocaron con vigor la situación de la clase trabajadora bajo el capitalismo. No hay un esfuerzo por acercarse a grandes modelos como el *Germinal*, de Emile Zola, tan influyente en los medios libertarios, como *La jungla*, de Upton Sinclair, por no hablar de otros ejemplos próximos como los del Blasco Ibáñez de *La bodega* o el Pío Baroja obrerista de la trilogía de *La lucha por la vida*. La literatura de “mensaje libertario” de la familia Montseny-Mañé y de tantos otros escritores afines, entronca más bien con los folletines socializantes del siglo XIX, tan atractivos para obreros autodidactas, valiosos seguramente para incidir en sus inquietudes primarias, pero sin duda carente de cualquier valor que no sea el sociológico.

Las aportaciones de Federica sobre los derechos de las mujeres no difieren una pulgada de las escritas, unas décadas antes, por sus padres. Son novelas sencillas y baratas, asequibles para trabajadores que hacen sus primeras letras, de venta militante, espejo idealista en el que se quiere mirar la gente “consciente”, con situaciones en las que el bien y el mal se distinguen tan claramente como la noche y el día, idóneas sin duda en el ambiente en el que surgieron, pero irre recuperables desde cualquier posición crítica. Inmersa en este mundo de la “contracultura” ácrata, se sintió como una “trabajadora intelectual”, una productora de novelas “ejemplares”, un quehacer sobre el que se contempló un tanto autocríticamente en 1938, cuando en plena guerra civil en el prólogo para *La indomable* —evidentemente, ella misma sublimada como heroína proletaria—, habló de su obra de “juventud, de egolatría por tanto, empapada en mí misma, con fidelidad angustiosa a mis problemas, mis inquietudes, al pasado vivo de mi infancia, de mi adolescencia, de una plenitud que comenzaba solamente”.



Durante el período que va entre 1923 y 1929 se ocupará con cierta predilección de la cuestión femenina, tanto en sus artículos —que luego convertirá en folletos— como son *La mujer, problema del hombre* y *El Problema de los sexos*, como en algunas de sus novelas más elaboradas, este es el caso de *La Victoria*, que se presenta como una obra “en la que se narran los problemas de orden moral que se presentan a una mujer de ideas modernas”, y que tendrá una segunda parte en *El hijo de Clara*. También se puede encontrar una amplia ilustración de sus concepciones sobre este tema en otras novelas suyas de tintes biográficos (francamente idealizados) como *La indomable*.

También aquí funciona el hilo de la continuidad. Al igual que en sus novelas no revela interés por ningún análisis concreto, por los datos objetivos, ni tan siquiera en cómo se plantea el problema en los propios rangos militantes entre los que es reconocida como una excepción (“los tiene como un hombre”, decían los militantes). Sus planteamientos se desarrollan en un terreno primordialmente especulativo y no es difícil encontrarles aspectos marcadamente contradictorios. Así por ejemplo, mientras que en algunos momentos parece tener una opinión muy desfavorable de la mujer, a la que le atribuye un espíritu gregario que se opone al activismo social de los hombres y manifiesta claramente que le corresponde a éste el papel central en la lucha emancipatoria que, por sí misma, solventará sus problemas (ya que, no lo duda, el anarquismo liberará al individuo tanto hombre como mujer), en otros casos afirma que “el hombre ha de mantenerse al margen de nuestras discusiones, cuando estas solo atañen al problema exclusivamente femenino. Es decir, cuando se trata de determinar las inquietudes, las nuevas modalidades, las nuevas formas de existencia moral y social femeninas”.

Tildada fácilmente de “feminista”, podemos decir que este adjetivo le cabría, si acaso, *malgré elle*. No aceptaba ninguna premisa del feminismo activo; así por ejemplo lo de conseguir el voto femenino le parece abominable: “¡Gobernar, he aquí toda la idealidad, toda la ética, todo el valor, porque las pobres nunca han sido ni serán feministas, ni las dejarían serlo!”. En el caso hispano es mucho peor, ya que “en realidad no existe feminismo de ninguna clase, y si alguno existiera, habríamos de llamarlo fascista, pues sería tan reaccionario e intolerante, que su arribo al Poder significaría una gran desgracia para los españoles”. Empero, dentro de este rechazo se desarrollan ciertas matizaciones. Federica había ya mostrado una gran admiración por feministas “independientes”, como lo fueron las populistas rusas que ofrecían su vida para atentar contra el zarismo o por Isadora Duncan, sin olvidar el respeto que tenía por Margarita Nelken, y en algún momento aboga por un feminismo “racional y humanista” en una disyuntiva que plantea en los siguientes términos: “Igualdad absoluta en todos los aspectos para los dos: independencia para los dos; capacitación para los dos; camino libre, amplio y universal para la especie toda. Lo demás es reformismo relativista, condicional y traidor en unos; reaccionario, cerril, intransigente y dañino en otro... ¿Feminismo? ¡Jamás! ¡Humanismo siempre! Propagar un masculinismo es crear una lucha inmoral y absurda entre los dos sexos, que ninguna ley natural toleraría”.

Uno de los capítulos menos conocidos de la crisis española de los años treinta es sin duda el que se refiere a movimientos femeninos, poco estudiados por los especialistas hasta que autoras como Mary Nash, entre otras, comienzan a ofrecer una nueva dimensión del movimiento. Entre ellos, ninguno tuvo tanta importancia como el que con el nombre de “Mujeres Libres” protagonizaron algunas intelectuales y obreras anarcosindicalistas muy poco conocidas como M^a Luisa Sánchez Saornil, Amparo Poch y Gastón, Mercedes Camaposada y la obrera Lola Iturbe. La historia de las “Mujeres Libres” comienza en vísperas de la guerra civil y acaba con la derrota de 1939.



Olvidadas un poco por todos, el resurgimiento del movimiento feminista ha hecho que se haya vuelto a hablar de ellas, para reconocer en su experiencia un esforzado intento por imponer una dimensión feminista al movimiento libertario. Su fracaso apunta directamente a la ceguera de un movimiento como el de los trabajadores, que negó con sus prejuicios unos derechos que hubieran ampliado muy notablemente sus efectivos militantes y habría enriquecido el brillo emancipador de sus alternativas.

La organización de las “Mujeres Libres” no surgió como la consecuencia de una toma de conciencia teórica, aunque el factor ideológico facilitó en cierta medida su gestación. Su punto de partida fue más bien empírico. A principios de 1936 tienen lugar unos cursos para mujeres organizados por la Federación Local madrileña de la CNT, y esta experiencia hace que las participantes, en particular la sindicalista y poetisa Sánchez Saornil, extraigan la conclusión de que exceptuando “a media docena de compañeros bien orientados”, el resto se encuentra contaminado “por las aberraciones burguesas más características”. Entre éstos, los había que pensaban que sus mujeres no debían de ningún modo abandonar las faenas domésticas para entrar en un terreno que era “cosa de hombres”; algunos llegaban al extremo de considerar la militancia femenina como una “indecencia”. *La Montseny* era la consabida excepción que confirma la regla, que para algunos se justificaba, precisamente, por la “virilidad” de la que fue llamada como la Kollontái “la egeria” (célebre viajera y escritora hispanorromana del siglo IV), en su caso anarquista.

Una vez constituido en abril el núcleo madrileño, su primera actividad fue la de gestionar una escuela propia, con lo que se hacía ostensible la voluntad pedagógica del grupo. El paso siguiente fue entrar en relación militante con el grupo que animaba la casa de la Cultura Femenina, en Barcelona, con las que ya a finales de septiembre se estructuraban los primeros pilares de una organización nacional que trabajaba para la guerra, pero también en las diversas ramas de la CNT donde tenían presencia. Su objetivo primordial era el sensibilizar a las trabajadoras por sus derechos, el hacerlas “conscientes” de éstos en todos los ámbitos, y para ello no dudaban en cuestionar la prepotencia de los hombres que las miraban con prejuicios y en tratar de “extirpar de su cerebro toda idea de superioridad”.

una red de cerca de 150 grupos que funcionaban, sobre todo, en Cataluña, Madrid y la región centro y en Valencia. Su revista, del mismo nombre, se publicó normalmente y mantuvo un sólido equilibrio entre el rigor, la seriedad de su mensaje y sus propósitos divulgativos teniendo en cuenta que se dirigía a una masa de mujeres en su mayor parte analfabetas, con muy pocos casos de formación cultural y de preparación profesional. Desarrollaron contactos con otras mujeres del mismo ideario de los EEUU, Sudamérica y Europa para formar un Confederación Internacional de Mujeres Libres pero la idea no prosperó. Hay que destacar sus relaciones con Emma Goldman, posiblemente el personaje anarquista que más influencia ejerció sobre ellas y de la que tradujeron algunos de sus trabajos feministas más significativos. Su capacidad y vitalidad quedaría demostrada cuando celebraron su primer Congreso el 20 de agosto de 1937, precisamente en un período en el que el movimiento anarquista entraba en franco reflujó y crecía la influencia del PCE como “motor” de la derecha de la zona republicana. En este Congreso se decide adoptar unas bases organizativas basadas en el tradicional federalismo libertario, tratando de garantizar la capacidad de autogestión de los grupos locales, provinciales y regionales, aunque todos ellos serían coordinados por un comité nacional que se apoyaba a su vez en diversos secretariados. Se proponen los siguientes objetivos: a) Crear una fuerza femenina consciente y responsable que actúe como vanguardia del progreso. b) Establecer a tal efecto escuelas, institutos, ciclos de conferencias, cursillos especiales, etc., tendentes a capacitar a la mujer y a emanciparla de la triple esclavitud a que ha estado y sigue estando sometida, esclavitud de ignorancia, esclavitud de mujer y esclavitud de productora”.

